

Mi amistad con Vicente Aleixandre

I: DESDE 1917.

Año mil novecientos diez y siete:
Vicente y yo, qué gozo este verano,
en Navas del Marqués. Pronto, ¡qué amigos!
Primera vez en aquel día juntos;
después, toda la vida para siempre.

En el noventa y ocho, del siglo diez y nueve,
nacimos. Él cumplía sus años en abril;
yo seis meses más tarde, el mes de octubre.
Por tanto, en el verano, ya en este primer día,
años él, diez y nueve, yo sólo diez y ocho.

Sí, en aquel día hablábamos, sin callar un momento,
de mil cosas ligeras, variadas, divertidas.
También yo, breve rato, de poesía hablé.
Asombrado Vicente, de ello usar más, me pide.
Empezamos a hablar de poemas, de estilo ...

Vicente se aficiona, se embriaga: siempre quiere
complicarse de ideas y leer y aumentarse.
Le presté de Rubén Darío un libro hermoso.
Él lee y se entusiasma, y muy poco después

(yo no creía hazaña de esta acción imposible)
empezará a intentar él mismo poesía.

Yo escribí poesía antes, después los dos.
Tuvimos pronto amigos de gran gusto,
deseos también de poesía.
Quisimos mucho a dos: dos, Álvarez Serrano,
Ramón y Enrique. Ya escribieron poemas
los dos. Por nuestra parte, yo también,
y Vicente Aleixandre, mejor, siempre mejor.

Ramón nos da un cuaderno. En él los cuatro amigos
escribimos poemas: cincuenta y tres, Vicente;
diez y ocho, yo: Ramón hizo catorce;
sólo, de Enrique, tres. El cuaderno quedó
siempre en mi casa, con secreto incógnito:
poesía de Vicente. ¡Maravilla Aleixandre,
de infantil poesía! Son primeros poemas
distantes aún de las egregias formas
y lejos de la noble madurez de la vida;
pero ya con encanto, completa juventud,
con intento de gracia, amor, penas de muerte:
poesía inicial. ¡Será más tarde altísima!

II: DOS POEMAS SUYOS, DEDICADOS A MÍ.

A mí me dedicó Vicente dos poemas,
tendrán de diferencia la época de sus años,
uno a sus diez y nueve, y otro a sus veinticinco.
El primero al principio de usar nuestro cuaderno;
el segundo, al final: íbamos ya a alejarlo.
El poema primero que me dio era gracioso,
comprensible, sencillo, muy fácil, muy agradable.
Copio aquí este primer poema de Aleixandre;
dedicatoria a mí, con forma muy inocente:

Consejo a Dámaso, muy 1917.

Pídele a Dios que te conceda pronto
el buen sentido de la realidad.
Pídele a Dios que te depare tuya
una mujer que ha de llegar quizá.

Y cuando tengas el sentido todo
y un nuevo amor para tu vanidad,
duerme la siesta tropical y larga,
que ya el mañana te despertará.

Este primer poema, ya dije, fue muy fácil.
El segundo, a mí fue difícil y complejo,
para pensar con tiempo y tratar de acertarlo.
Yo estaba ya viviendo, dedicado en Berlín,
enseñando español desde hacía dos años :

A Dámaso en Berlín.

Tu mirada sobre mi hombro.
Se vuelve mi cabeza, y torna
idea hasta tus ojos.

No tienes razón. Inútilmente
sonríes, a la orilla
fría de la otra parte.
—Cristal desvanecido, opacidad
latente, ya votos, con juego de tu mano.

Tú tienes la gracia que
entiendes suficiente.
Hilera fina de cosas que te llevas
hacia un futuro mágico.
Caminos de los brazos,
rotundamente

dicho, que parten de aquí
de antaño, y por mañana, siempre.

(3 de junio, 1923.)

Poco después de escrito este poema,
nuestro cuaderno casi se dejó ya de usarse.
Vicente iba a formar su primer libro,
Ámbito, ya inicial y bien difícil.
Hay que tener en cuenta que mi poema segundo
más complicado lo es que el enviado primero;
pero menos difícil que el nuevo libro, el *Ámbito*.

III: SU INMENSA FAMA Y SU MUERTE.

Después de *Ámbito* ofrece Vicente libros sumos:
Espadas como Labios, *Destrucción o el Amor*,
Sombra del Paraíso, tres formas ascendentes
hacia lo hermoso, abiertas a enorme gozo humano.
Siguen otros poemas bellos y estremecidos.
Después, otros finales, intensos, los *Poemas*
de la Consumación, y *del conocimiento*,
los *Diálogos*, todo ello con fin maravilloso.

Mas hay dos cosas fuertes de intensidad de forma.
Una es el entusiasmo de extraña fuerza enorme,
que recibe Aleixandre de España y aun del mundo
(y amor, la gloria y fama, desde mi corazón).
Lo segundo es la triste lesión, tan insidiosa,
que llenó en la corriente los años de su vida
y surgió con la muerte, final, en poco tiempo.

Maravillosa ha sido la fama universal
con los premios enormes de poesía.
De España aun fue mayor, creído siempre:
le admiraban, le adoran los poetas, prosistas,
literatos y gentes de cultura.
Y aun muerto se conserva total la admiración.

Yo le amé por cariño, por su gracia,
por la gran amistad, la de nosotros dos,
por el atroz anhelo que da su poesía,
la inflamación inmensa que su verso me infunde.

Vicente, ¡pobre!, estuvo muchas veces enfermo
y nunca pudo hacer lo que necesitaba.
No podía formar
conferencias pedidas a su espíritu.

Una vez fue preciso que los miembros
de la "Generación del 27"
fuéramos a Sevilla, mas él no pudo ir:
malo, estaba muy malo.

También, en la Academia
deseábamos que fuera a las sesiones,
desde hace años bastantes:
y no fue ni una vez, estaba siempre malo.

No pudo recibir con su presencia
el gran premio Nobel universal.
Un amigo va a Suecia y lo recibe
en su nombre.

Después, pobre Vicente,
mucho más grave enfermo, de años, años,
llega su muerte, en fin.

¡Cuántas veces Vicente estuvo enfermo!
¡Qué horrible fue de enfermedades tantas,
su vida! ¡Cuántas veces!
¡Adiós, Vicente, mi querido, adiós!

Catorce de diciembre
año mil novecientos
ochenta y cuatro: muere.
Yo vivo. Mas quisiera
morirme yo como él.
Quizá con alma eterna, sí, quizá,

podríamos juntar muertos los dos,
jugar nuestras ideas y recuerdos.
¡Maravilla, Vicente! ¡Maravilla, Alexandre.
qué gozo junto a ti!

¡Oh, qué pena, qué pena!
¡Adiós, Vicente, mi querido, adiós!
¡Adiós!

DÁMASO ALONSO.